

á los que usan los carniceros para colgar las reses despues de muertas.

Los fakirs que se presentan para sufrir ese suplicio, se colocan á los piés de la picota, y allí, despues de aplastarles la carne de en medio de la espalda apretándola fuertemente con la mano, se mete el gancho en la parte preparada, y en aquel estado los desgraciados, que inundan la tierra con su sangre, los elevan á tres ó cuatro metros del suelo, y en vez de dejar ver en su rostro la expresion del dolor, miéntras permanecen colgados, juegan, bromean y gesticulan para divertir á los espectadores, que aplauden con furor.

Sucede con frecuencia que la carne se rompe con el hierro al hacer un esfuerzo violento, y entónces el fakir cae boca abajo de una altura suficiente para romperse una pierna ó un brazo. Entónces el desgraciado se levanta herido, cubierto de sangre... y continúa riendo y bromeando, y el entusiasmo de la multitud no conoce límites.

Dos de estos desgraciados se habian presentado para hacer el tchiddy; pero como habia asistido varias veces á aquellos espectáculos, no tuve deseos de verlos repetidos otra vez en mi presencia.

Pero como no podia rechazar aquel honor sin herir el amor propio de los fakirs y descontentar á la multitud, tuve que acceder á su demanda; pero apenas los fakirs empezaron á elevarse en el aire, deposité en las manos de un compañero la ofrenda acostumbrada, y á una señal del vindicara, la multitud se separó y partimos con toda celeridad en direccion á Ramisseram.

En todos mis viajes alrededor del mundo, en

el Indostan, en el extremo Oriente, las islas de la Sonda, la costa de Africa, entre los antropófagos de la Oceanía ó los salvajes del Far-West, en el Norte de América, una sola cosa me ha preservado, no solamente de verme insultado, sino, por el contrario, me ha hecho ser bien visto y recibido en todas partes, y ha sido el respeto que he observado siempre personalmente de todas las costumbres de los pueblos que he visitado, por estúpidas y ridículas que fuesen.

Con este objeto, pido permiso al lector para abrir un paréntesis.

En los diez años que he viajado sin cesar, he visitado países de los que no se vuelven á ver jamás; pues puedo afirmar por mi honor que nunca he estado en peligro de muerte, y estoy pronto á ir á cualquier parte, seguro de ser bien recibido en todas partes.

Voy á contar mi manera de viajar:

Cuando se desea surcar el mundo, sin escoger el sitio en donde se pose el pié, es preciso, ante todo, grabar en la memoria esta verdad:

Cuanto menos civilizados sean el pueblo, la tribu, las diferentes aglomeraciones de hombres que se visiten, más adheridos están á sus costumbres, por insignificantes que sean, y casi todas tienen un origen religioso.

De ahí se deduce que la seguridad del viajero depende enteramente del respeto que profese por esas costumbres, y puedo afirmar por experiencia que las más ridículas son las que menos se deben despreciar.

En Europa se enojan las familias por una visita no devuelta; pues bien, un acto semejante en-

tre los salvajes sería causa infalible de la muerte de uno.

Estaba en las costas del Norte de Birmania, cerca de Islamabad, cuando supe por casualidad la marcha de Julio Gerard, el matador de leones, al interior de Africa.

—No dura quince días,—me dijo un antiguo cirujano, á quien habia encontrado por casualidad, y me habia convidado á comer.

—¿Y por qué?—dijo un amigo suyo.

—Porque es el último viajero que pueda viajar con seguridad en un país semejante. Le conocí en 1854 en Orán; era un soldado sin gran inteligencia, y brutal hasta el exceso con los árabes, y con semejantes cualidades, es difícil ser admitido por las tribus salvajes del Níger y del Senegal, y desde que salga del territorio en donde le puede proteger la Francia, le matan infaliblemente.

Dos meses despues llegaba yo á Dacca, á casa del mayor Daly, mi antiguo compañero de excursiones en el lago Kandellé, y allí leí en el *Englishman* de Calcuta la relacion de la muerte de Julio Gerard. Efectivamente, le habian asesinado en la primera jornada que hizo en país rebelde.

La misma suerte espera siempre á todo viajero que no acata las costumbres del país, por grotescas que sean, y que confía la seguridad de su persona á la puntería de sus armas.

En cuanto á mí, como ya he dicho, obro de distinto modo, y me someto exteriormente á todas las costumbres, por ridiculas que sean, lo mismo entre los salvajes de la costa de Guinea, que entre los antropófagos de la Oceanía.

Estaba yo un día en la Dominica, isla del grupo de las Marquesas, en donde se comen aún á los viajeros de cuándo en cuándo, y habia eclipse de luna, cuando el tahua-ati (sacerdote) exclamó ante la muchedumbre reunida, que se golpeaba el pecho sollozando:

—Thi rave na oia te marama... Thi amou na oia te marama... (El dios Thi ha cogido la luna, el dios Thi ha comido la luna.)

—A Faauta outou te matai. (Traed regalos.)

Y todos los asistentes repetian dando gritos lamentables:

—El dios Thi ha comido la luna...

—Traed presentes...

Yo estoy convencido que el tahua-ati no creia una jota de lo que decia, y que no veia en este modo de explicar los eclipses más que un recurso para recibir ofrendas; pero la crédula multitud que le rodeaba llenaba la caja sagrada, en donde estaba el dios representado por un tronco de árbol descortezado á golpes de hacha, de regalos de todas clases para obligar á Thi á restituir el astro lo más pronto posible. La situacion era en extremo cómica. Un viajero escéptico se hubiera burlado de ella, exponiéndose tal vez á ser comido vivo. Pero yo, más prudente, y queriendo prevenir todo peligro, compré inmediatamente un gran marrano y un manojo de plátanos, y los ofrecí á la estatua del dios con los saludos de costumbre.

Al ver el tamaño del animal, que apenas podia andar de gordo que estaba, gozoso el sacerdote con semejante limosna, me aseguró la proteccion del gran Thi, circulando un murmullo adulador con respecto á mí entre la multitud.

Yo obraba cuerdamente al hacer aquel regalo, pues sabia que esta clase de ceremonias terminan siempre por una orgía de kava (aguardiente de raíces), y hubiera sido peligroso permanecer en medio de aquellas gentes borrachas, sin ponerme bajo la salvaguardia de la idea religiosa.

Con un buen marrano habia salido del apuro. En Europa me hubiera costado más caro.

¡Cuántos viajeros hubieran evitado la muerte respetando las costumbres de los pueblos que visitan!

Tambien es bueno que se sepa que muchos de los que matan los salvajes en su país, es por castigar actos que en Europa merecen el presidio ó tal vez el cadalso, pues los europeos creen que todo les es permitido con respecto á ellos, y aún cuando éste dobla la cabeza mucho tiempo, llega un momento en que la levanta y mata...

No se crea que defiendo una paradoja; hablo de lo que he visto por mis propios ojos.

Voy á citar un ejemplo entre mil:

Un día, en Taiti, en la Océania, algun tiempo ántes de la apertura de los tribunales que iba á presidir, entré en la cárcel para interrogar, segun la costumbre, á los prisioneros que debian ser juzgados en aquella sesion, para poderles dar defensores en el caso de que aún no los tuviesen.

El último que me presentaron era un pobre salvaje de la isla de Hivaoa. Su crimen habia sido asesinar, ayudado de las gentes de su tribu, de las que era el jefe, al capitán de un buque ballenero americano con sus dos oficiales, que se habian comido en seguida. El cónsul americano en Taiti habia pedido el castigo de los culpables, y

se habia apoderado del jefe en la bahía de Mataiea, que era el único culpable, pues todo se habia hecho por orden suya.

Hivaoa forma parte del archipiélago de las Marquesas, que contiene once islas ó islotes, de las cuales cuatro son inhabitables.

Hace algunos años se quiso obligar á pagar contribucion, enviando á las siete islas del grupo Sudoeste, á Hivaoa, que contiene seis mil habitantes, un empleado de Hacienda con la mision de recoger el impuesto en frutos del país.

—Te daremos con gusto—respondieron aquellas pobres gentes—tantos puercos, tantos racimos de plátanos y conchas de nácar; pero ¿qué es lo que el hoo-taoa (mercader) nos dará en cambio?

A pesar de su traje bordado y de sus insignias, las pobres gentes le tomaron por el dependiente de un traficante. Y por más que hizo nuestro hombre, no pudo hacerles comprender que acababa de ejercer un derecho de soberanía, y no hacer cambios, teniendo que volverse sin haber conseguido nada.

Cuando entró en mi gabinete el jefe de Mataiea, se acurrucó en un rincon, fijando en mí unos ojos tristes y huraños, en los que se leía el temor causado por la ignorancia en que estaba de lo que se iba á hacer de él.

Consideré algunos instantes al pobre salvaje, que se moria de anemia y nostalgia, causada por su larga prision. Sus piernas enflaquecidas apenas podian sostenerle, y se podian contar los huesos y los músculos de su dilatado pecho... De repente, sin preámbulo, y sin que nada indicase en su exterior el dolor que iba á estallar en su pe-

cho, inclinó su gruesa y peluda cabeza sobre sus rodillas, y se puso á llorar, no como un hombre, sino como un niño á quien se arranca de los brazos de su madre. Fué tal la emocion que experimenté, que tuve que salirme fuera. No tardé en entrar, pues deseaba saber si la tortura impuesta á aquel pobre salvaje, que no sabía nada ni de nuestras leyes ni de nuestras costumbres, y que había vivido hasta entónces de aire, de sol y de libertad, era justa, no bajo el punto de vista del código penal, sino de la justicia positiva y filosófica.

Le interrogué yo mismo, y éstas fueron sus respuestas:

—¿Es verdad que tú y los tuyos habeis muerto y comido tres marinos de un ballenero americano?

—Sí.

—¿Por qué?

—Voy á contártelo.

—Te pido que me digas la verdad; el Té-Atua (Dios) escucha tus palabras.

—Voy á hablar *tan claro como el agua pura*. Los americanos fueron á mi bahía con su gran buque, y nos pidieron agua y víveres frescos. Yo les mandé dos toros salvajes, puercos, guayabas, batatas y fei (plátanos para cocer) cuantos quisieron. Les llenamos sus barriles de agua dulce, y se los rodamos hasta la playa. Ellos debían darnos en cambio veinticinco piezas de tela, diez toneles de tabacos y cinco barriles de té-ia-miti (salmon salado de América), y para mí un pupuhi (fusil). El día en que debían entregar todo aquello, el tavana-arii (el jefe) fué con dos de sus úra-

teni (criados) á decirnos que los matai (regalos cambiados) no tardarian en venir, pues no los habían podido traer consigo en la lancha por su mucho volúmen.

•Les di una gran fiesta en el pueblo; ellos trajeron mucho ava (aguardiente), y bebieron hasta la noche; despues nos pidieron mujeres, y yo les dejé elegir las que más les gustaran.

•Al día siguiente ya no había matai en la playa, y yo pregunté al tavana-arii que en dónde estaban los regalos cambiados. Entónces ellos se echaron á reir, y me respondieron que los traerian en su próximo viaje.

•Al ver que me habían engañado, les dije que eran unos hombres malos, y que si volvian á mi bahía, pondria fuego á sus buques. Entónces se arrojaron sobre mí, y me pegaron. Llamé en mi auxilio á mis gentes, y los matamos á pedradas.

En verdad que aquellos tres hombres habían recibido el castigo que merecian por su robo y odiosa conducta, y es inútil añadir que sin esperar la apertura de los tribunales, y en honor de la justicia francesa y de la humanidad, hice cuanto pude para dar libertad inmediatamente á aquel pobre diablo.

Cuando hubo terminado su relacion, que estaba acorde en un todo al expediente y declaraciones, le pregunté por qué había comido á sus víctimas.

Y me respondió sencillamente, sin comprender la importancia que en sí mismo tenía aquel acto feroz:

—¿No té ea, te iomerei aramoina? (¿Cómo iba á desperdiciar toda aquella carne?...)

No insistí más. Bajo el punto de vista etnoló-

gico y filosófico, era inútil perder mi tiempo para hacer comprender á aquel salvaje lo que sólo la civilización á fuerza de siglos podía conseguir, y haciéndole prometer que no volvería á comer carne humana, le dije que, sin embargo, debía defenderse de todo robo ó pillaje que le hiciesen los hombres blancos, cualquiera que fuese su nacionalidad.

A los pocos días le embarqué en una goleta, y su alegría fué tan grande, que por espacio de tres días estuvo bailando enfrente de mi casa el hupa-hupa, danza simbólica, poética, guerrera y erótica de las islas Marquesas.

El día que se embarcó entregó á mi criado su saco lleno de piedras preparadas para la honda, que era lo más precioso que poseía, para que me lo entregase como un recuerdo...

Así son la mayor parte de los antropófagos. Yo he vivido en medio de ellos meses enteros, visitando las diferentes posesiones francesas de la Oceanía, y sólo he recibido de ellos muestras de respeto y atención. Pero yo ni los pegaba ni les robaba ni les cogía sus mujeres, sino que, por el contrario, procuraba darles buenas ideas de las costumbres de los hombres blancos.

Pero vuelvo á Ramisseram y al Océano Indio, que he descuidado un poco por el Océano Pacífico.

Al dirigirnos á la ciudad, me puse á reflexionar en la propensión que tienen los indios á someter su cuerpo á los tormentos más terribles, con la esperanza de una recompensa futura.

En las gigantescas fiestas del Sud de la India, se ven jóvenes debilitados por el ayuno, las ma-

ceraciones y las privaciones de todas clases, cubiertos de rosarios y santos amuletos, con los ojos hoscos y extraviados, desafiar las torturas y la muerte, precipitándose bajo el carro colosal que lleva la estatua de Siva ó de Vischnou, arrastrado por veinte mil fieles; sus huesos se hacen añicos, su sangre inunda la tierra, y mueren sonriendo, y la rueda extingue las últimas notas del canto sagrado que cantan en honor de Brahma.

Y la muchedumbre se precipita en el polvo para recoger una gota de sangre ó un pedazo de tela de sus trajes, que conservan como reliquias santas.

Otros fakirs, que no están destinados á morir en las ceremonias presentes, se imponen ante la multitud los suplicios más increíbles, arrancándose con tenazas las uñas de los pies, cortándose las falanges de los dedos pequeños, cauterizándolos con un brasero encendido; otros se arrancan los ojos lentamente, como si experimentasen un placer extremo; otros, en fin, se cortan la lengua, la nariz ó cualquier miembro, quedando á veces como troncos humanos, á quienes se rinde un piadoso culto.

No quiero seguir adelante en la enumeración de estos horrores, que pueden explicarse bajo el punto de vista fisiológico, y que demuestran hasta qué punto se han apoderado los brahmas del espíritu de aquellos miserables, que parecen gozarse en los más horribles tormentos.

Se necesitaría un libro sólo para explicar todo lo que los brahmas hacen con estos infelices para arrastrarlos á aquel estado de exaltación, y pienso hacerlo cuando describa mis viajes por el Indos-

tan, durante los muchos años que he pasado en aquel maravilloso país.

Por la noche, y despues de una copiosa cena en casa de Covindam, servida á la manera india, es decir, compuesta tan sólo de carrys de todas clases, platos de dulces y frutas, nos embarcamos en la *Gouhouka* el babou y yo, y tardamos una parte de la noche y todo el día siguiente en llegar á Manaar, á causa del viento que no era favorable.

A la caída de la tarde llegué al bengalow de Mantotté. Con gusto vi que mis órdenes habian sido puntualmente ejecutadas, y que todo estaba listo para mi partida del día siguiente. Amoudou me presentó una lista de todas las municiones y provisiones de boca que iban en la carreta cuidadosamente embaladas, y vi que no faltaba nada de lo que necesitábamos.

Al inspeccionar la carreta, vi en un rincon el paquete célebre de pañuelos de seda comprados en Radha-bazar, y que Amoudou destinaba para regalar á su familia y á sus amigos de Aden, y vi que apenas restaban ocho ó diez.

—¿Qué has hecho de tu provision de pañuelos? Veo que apenas te queda alguno que otro para ofrecer á tus amigos de Kaltna.

—¿Irémos á Kaltna, saeb?—exclamó el pobre chico, juntando las manos con transporte.

—Ciertamente; en cuanto se acabe la pesca de la nácar bajaremos á Colombo, y de allí á Kaltna, en donde reposaremos algun tiempo ántes de emprender nuestras excursiones en las salvajes provincias del Sud y del Oeste.

—¡Oh, saeb!—respondió Amoudou en el col-

mo del entusiasmo.—Compraré diez piezas de seda de Bengala y de China en los bazares de Colombo.

Los que hayan leído mi primer viaje á Ceylan comprenderán sin esfuerzo la alegría de mi fiel nubio.

Con efecto, tres años ántes habíamos pasado dos meses al pié de los montes Kotmalés, en la plantacion de un amigo, situada en el sitio más pintoresco y encantador que puede verse en aquel país, en que la naturaleza está en todo su esplendor. Nos habíamos separado sin esperanza de volvernos á ver, y no sin emocion pensaba en el placer de estrechar la mano de Mr. Duphot y de su encantadora esposa.

En cuanto á Amoudou, que se habia casado á la manera cyngalesa, es decir, durante su permanencia en la plantacion, con una de las criadas de la casa, ardía en deseos de reanudar unos lazos cuyo recuerdo no habia debilitado el tiempo transcurrido.

Mandé á decir á Soupraya-Chetty que enviase sus elefantes al bengalow, y que viniese él tambien á pasar allí la noche, á fin de que no hubiese ningun motivo para retrasar nuestra marcha al día siguiente á la salida del sol.

En cuanto empezó á clarear, nos dispusimos á partir en el órden acostumbrado. Amoudou y Kandassamy á la cabeza con la carreta de bueyes, luego los dos elefantes en que íbamos montados, y detras los criados de Soupraya-Chetty.

Mantotté no dista de la bahía de Kalpentyn, que aquel año era el centro de la pesca, más que cuarenta y cinco ó cincuenta millas, y con tres

jornadas de marcha teníamos bastante para llegar al bengalow de Pomparipo, frente á la isla de Kartivoé, en donde deseaba permanecer durante todo el tiempo del tráfico de la nácar y de las perlas preciosas.

Este viaje le hicimos sin accidente alguno; la primera noche la pasamos en Dangoor, pequeña aldea del distrito de Nanatan, á las orillas del Amerie, que nace no léjos de las ruinas de Anouradhapor, antigua ciudad de los rajahs de la raza primitiva cyngalesa; la segunda, en Maritchicattoé, cerca del pequeño riachuelo del mismo nombre, y la tercera, en el bengalow de Aripo, en la embocadura del Pomparipo-oja.

Durante todo el camino no habíamos visto al babou, que habia hecho provision nueva en Maanaar y en Mantotté, desquitándose de la abstinencia que habia tenido que guardar en nuestra última estacion.

La pesca habia empezado la víspera con más de doscientas lanchas y quinientos ó seiscientos buzos, escalonados á lo largo de la isla de Kartivoé y de la península de Kalpentyn y de Navekoo, sobre una longitud de veinticinco á treinta millas, y los montones de conchas de nácar y perlas, amontonadas sobre la playa, indicaban que la pesca sería productiva aquel año.

El superintendente de la pesca habitaba el bengalow, y como era un funcionario inglés, creí que estaba en el deber de ir á hacerle una visita; pero no conociéndole personalmente, ni teniendo á nadie que me presentara á él, le envié á mi criado, preguntándole á qué hora podria recibirme, haciéndole saber al mismo tiempo que tenia una

carta de recomendacion que me habia dado sir John Lawrence, gobernador general de las Indias inglesas, para todos los agentes del *civil or military service*.

El superintendente, Mr. William Barnett, estaba comiendo; pero apenas vió mi tarjeta y mi carta, salió á mi encuentro, y me dió ese apretón de manos que todos los ingleses dan á las personas que les son presentadas.

Mr. Barnett era un antiguo capitán voluntario de la Compañía de las Indias que, licenciado en la última guerra de los cipayos, habia recibido el modesto puesto de vigilante de las costas de la pesquería.

Quando supo mi intencion de permanecer en Pomparipo todo el tiempo de la pesca, puso á mi disposicion una canoa con dos remeros, y me invitó á que le acompañara siempre que quisiera. Fuera de algunas excentricidades de su país, era un buen hombre, y no andaba en chanzas quando se trataba de los intereses de su nacion.

Por la noche, y despues de haber vigilado la instalacion de mi cuarto, que yo hacia preparar siempre como si debiese permanecer allí mucho tiempo, me fuí con Amoudou á las orillas del Pomparipo oja, donde una infinidad de macouas y de parawas (castas pescadoras y buzos de nácar) pescaban á la luz de las antorchas, para reposar de las fatigas del dia. La noche estaba tranquila y majestuosa; al calor ardiente del dia habia sucedido una dulce y tibia frescura, que daba un bienestar indecible; el menor soplo de aire traia los perfumes embalsamados de los vetivert y de las flores de la canela, y miéntras el Océa-

no, subyugado por la calma de la atmósfera, permanecía tranquilo como un lago, por todas partes en la tierra se oían esos mil ruidos de los seres que la habitan, ese himno eterno de la naturaleza, que se simboliza, en la poética mitología de los indios, por el canto de todas las voces animadas del aire y de las aguas en la inmortal y fecunda diosa Nari. Y en el cielo, semejantes á estrellas perdidas, millares de gusanos de luz fosforescente subían y bajaban arrojando el reflejo de su luz azulada sobre las yerbas de los ríos.

Jamás me he podido acostumbrar á estas noches de la India, y siempre me han sumergido en una contemplación próxima al éxtasis...

Me dirigí á la ribera siguiendo el curso del Pomparipo, con la intención de cazar algunos de esos gruesos cangrejos de mar que se encuentran en la arena de la playa, lo suficiente para cazarlos ántes de que se metan en el líquido elemento, cuando á doscientos metros de la embocadura del pequeño río vi un cabritillo atado al pié de un cocotero, y cuyos vagidos oía ya hacia unos instantes.

Amoudou, que iba detras, se precipitó de repente delante de mí.

—Paraos, saeb,—me dijo con voz temblorosa.

—¿Qué hay?—le respondí.

—Estais frente á un lazo para coger á un caiman.

—¿En qué lo conoces?

—Porque sé que en el Pomparipo-oya hay muchos de esos terribles animales... Mirad: ¿veis allí á lo léjos todas esas líneas negras que parecen estar á flor de agua?

—Perfectamente; parecen troncos de árboles, ó piraguas que hayan perdido el balancin.

—Pues bien, son caimanes, saeb.

—¿Y qué?—dije yo.

—Que ese cabrito estará atado ahí para atraerlos con sus gritos, y delante de él debe haber una ancha y profunda fosa cubierta sólo de hojas de palmera, y tal vez habitada por uno ó dos de esos peligrosos animales.

Apénas acababa mi nubio de darme esas explicaciones, cuando salió un indio de la espesura del bosque, haciéndome señas de que diera un rodeo para penetrar en él.

Seguí la dirección que me indicaba, y le pregunté por qué me alejaba de mi camino.

Después de muchos salams para excusar el atrevimiento de su acción, el pobre diablo me dió las mismas explicaciones que acababa de oír á mi criado.

Efectivamente, había tal exceso de caimanes en algunos sitios, que llenaban literalmente el río. El cabrito era el cebo, y lo peor era que ya había dos en el foso.

Me estremecí pensando en la suerte del imprudente que cayese en semejante compañía.

Segun me dijeron, la fosa podría tener seis metros de profundidad y otros tantos de anchura, y los ligeros travesaños de bambúes que la cruzaban, como las hojas de palmeras que la cubrían, estaban tan artísticamente arreglados, que nadie hubiera podido saber lo que ocultaban.

El indígena que acababa de encontrar era un ouatsa, casta de sangre mezclada de cyngales y javanes. Le pregunté si podía presenciar la cap-

tura de uno de esos animales. Me condujo entonces á una especie de pequeña cueva de follaje que le ocultaba, y desde donde vigilaba el río y la fosa. Esperamos...

Se oían vagamente en lontananza, más arriba del Pomparipo, los gritos de los pescadores, mezclándose á los rugidos de las hienas y chacales. El río corría silenciosamente á algunos pasos de nosotros, y sobre sus aguas, claramente iluminadas por la luna, no podía escapárenos ninguno de los movimientos de los animales que acechábamos.

—¿Hay siempre tantos caimanes en la embocadura del oya (río)?—dijo el ouatsa en voz baja.

—Hay siempre muchos, saeb,—me respondió en el mismo tono;—pero ahora hay muchos más, pues todos los que habitan el río dos millas más arriba se han refugiado aquí, huyendo de los gritos de los macouas y de la luz de las antorchas que usan para pescar.

—Atencion,—dijo Amoudou;—aquí viene un grupo de ellos.

El indio se acurrucó, y nosotros le imitamos.

De repente se puso á balar con la mayor perfeccion como una cabra que llama á su chivito. Al oír aquel ruido conocido, el pobre cabritillo se puso á gritar y á saltar con alegría.

No tardó en verse el efecto de la astucia.

Tres caimanes levantaron ligeramente sus puntiagudas cabezas por encima del agua para asegurarse dónde estaba la presa que codiciaban, y nadaron en direccion á la orilla.

No tardarian dos minutos en llegar á ella. Nosotros estábamos anhelantes... Amoudou, con

las narices dilatadas, los ojos centellantes, el cuchillo malabar en la mano, sentía bullir en él todos los instintos de su raza.

En un momento los tres caimanes llegaron á la fosa; pero el que iba delante dió tres pasos, y desapareció como por encanto. Su caída en la fosa fué acompañada de un grito ronco y estridente, seguido de un ruido extraño; los terribles caimanes, furiosos con la llegada de este nuevo compañero, azotaban con su poderosa cola las paredes de su prision.

Al ver caer á su camarada, los otros dos se habian vuelto á sumergir en el río, y habian desaparecido.

—Ya está mi caza terminada por esta noche,—dijo el ouatsa.

—¿Ya no morderán los otros el anzuelo?

—Sí; pero cuando he cogido dos me paro, porque tengo bastante en el resto de la noche con matarlos y quitarles las escamas.

—¿Cómo vas á hacer para matarlos en la fosa?

—Si el saeb quiere permanecer aún unos instantes más, lo verá todo por sus propios ojos. Voy á hacer caer en la fosa el techo de hojas secas, y luego las prenderé fuego. Cuando hayan muerto los animales, los despojaré, venderé la carne asada á los iaka-karous y á los rhodias (subdivisiones de la impura casta de los párias), el tuétano de la espina dorsal á los mestris (médicos indígenas), y los anillos de la espina á los padouas, que hacen con ellos, cuando tienen muchos, las hojas de los sables.

Di á aquel pobre hombre algunas rupias, y volví á tomar el camino del bengalow, sin querer

asistir al suplicio de los caimanes, á pesar de la aversion que me inspiraban, pues eran séres animados, y no tengo corazon para ver sufrir.

Los dilatados años que he pasado en la India me han inspirado un extraordinario respeto á la vida, rodeado como estaba de brahmas que llegaban, por el amor á la vida, hasta construir hospitales para prolongar la vida de los animales domésticos, y aunque yo no participo, como es natural, de sus ideas sobre la metempsicosis, sin embargo, experimento por todo lo que vive una compasion y una piedad que debia ser general en Francia, donde los animales son tan maltratados.

Cuando volvimos al bengalow podria ser la una de la mañana; los últimos fuegos se habian extinguido sobre la orilla del rio, y los pescadores habian vuelto á entrar en sus cabañas. Antes de instalarme en mi hamaça, en la verandah de la habitacion, eché una mirada del lado del mar, en la direccion de la embocadura del Pomparipo, y vi una llama y una espesa columna de humo que se elevaba en los aires. Era el ouatsa, que quemaba á los caimanes.

Un poco ántes de ser de dia, me embarqué en la lancha que *master* Barnett habia puesto á mi disposicion, y me dirigí con Amoudou hácia el lado del mar, para asistir á la primera *sumersion* de la mañana, y á una media milla de distancia se nos reunió Soupraya-Chetty que, como en Mantotté, se habia hospedado en casa de su correspondiente.

La brisa se levantó al primer rayo de sol, y nos pusimos á la vela para llegar más rápidamente á la isla de Kartivoé. Al entrar en la emboca-

dura pasamos á algunos metros de la orilla derecha del rio, y cerca de la fosa del ouatsa que humeaba aún. El indio continuaba su trabajo.

Amoudou le llamó, y el pobre diablo, al reconocernos, interrumpió su tarea para venir á hacernos el salam á la orilla del agua. Nuestros marineros, que le conocian, nos dijeron que ganaba con aquella industria de veinticinco á treinta caches (seis ú ocho cuartos) cada noche.

Entre Kartivoé y Kalpentyn encontramos la embarcacion del superintendente de la pesca, y nos reunimos á él.

—Le esperaba á usted para dar la señal en esta parte de la bahía, de la que quiero hacerle los honores,—me gritó Mr. Barnett al vernos.

Hice recoger las velas al llegar cerca de él, y en el momento en que se cruzaban las dos embarcaciones se lanzó con pié ligero á la mia, sentándose á mi lado.

La bahía de Kalpentyn y los pequeños estrechos de Kare estaban literalmente cubiertos de piraguas y de embarcaciones con dos remeros cada una, de las castas macouas, karawes y parawas; uno de ellos dirigia la embarcacion y recibia las conchas de madreperlas, y el otro se sumergia en el mar para cogerlas. Los karawes son de raza cyngalesa, los macouas y los parawas son malabares, que van de Ramisseram ó del cabo Comorin.

El superintendente hizo una señal con la mano, á la que respondieron de trecho en trecho las trompas de las piraguas, y empezó la pesca. Quinientos buzos desaparecieron bajo las olas, volviendo á la superficie á los treinta ó cuarenta se-

gundos, teniendo cada uno en sus brazos una ó dos de esas grandes conchas de nácar, las que metieron en sus embarcaciones respectivas, para volverse á sumergir de nuevo.

Nada puede dar idea de lo pintoresco de aquel espectáculo, que tenia por teatro las olas del Océano, y rodeado como de un marco de la eterna vegetacion de Ceylan.

Cada buzo hizo diez viajes debajo del agua, y luego, el que habia quedado en la barca tomó su puesto, y continuaron así turnando hasta las once de la mañana. Cada vez que se llenaba una canoa, iba á la playa á descargar, y volvía á colocarse en su puesto.

El término medio de profundidad que alcanza cada hombre varía desde quince á veinte brazas. Los más hábiles, que se sumergen hasta veinticinco ó treinta brazas, tienen que permanecer debajo del agua cuarenta y cinco ó cincuenta y cinco segundos, y es frecuente verlos subir á la superficie echando sangre por las narices, por el violento esfuerzo que han tenido que hacer para aguantar la respiracion.

Los que se sumergen á gran profundidad llevan en la mano una piedra que pesa de treinta á cuarenta libras atada á una cuerda, la que unida al peso de su propio cuerpo, les hace bajar más rápidamente al fondo. En cuanto llegan sueltan la piedra, que el camarada que ha quedado en la embarcacion sube arriba, y ellos se apresuran á arrancar del suelo las conchas más lindas que pueden coger.

La concha de nácar que contiene la perla preciosa alcanza un desarrollo de diez, quince, vein-

te ó treinta centímetros de diámetro. Si no se quiere empobrecer y hasta destruir el banco, es preciso no pescar las ostras como no estén ya maduras, y necesita de doce á quince años una concha de nácar para su completo desarrollo, y sólo en éstas se encuentran las perlas hermosas, que se sabe no son más que fragmentos de nácar más finos, redondos ú ovales, ó de forma de pera, que el molusco segrega en el interior de la concha. Estas perlas son blancas, azuladas ó negras, segun la naturaleza de la nácar que segrega la ostra.

La nácar de Ceylan es de un blanco de plata lleno de brillantez y frescura, y lo mismo las perlas.

No todas las conchas contienen perlas, y hasta es muy raro encontrar alguna de gran valor. Se calcula generalmente que cuando un particular alquila una estacion al gobierno, y pesca por su cuenta las perlas, le pagan todos los gastos de la pesca, quedándole la nácar como beneficio. Es preciso saber que en Europa esta mercancía vale hasta dos mil francos la tonelada.

El gobierno inglés hace pescar por su cuenta en todas las estaciones libres, y en la bahía de Kalpentyn, cuyos productos se reserva; acabada la pesca, se vende todo por lotes al que más ofrezca, vendiendo las conchas cerradas, y se corre el albur de encontrar ó no perlas en las conchas.

Mientras que Mr. Barnett me daba todos estos detalles, yo observaba con placer el movimiento extraordinario de la bahía. Allí habia veinte embarcaciones cargadas que se dirigian al rio, aquí otras veinte volvian vacías; por todas partes no

se veía más que cabezas á flor de agua, ó piés que desaparecían bajo la espumosa sábana.

Entre la punta de Kalpentyn y la isla de Kartivoé hay una serie de pequeños arrecifes de corales que se elevan á uno ó dos metros por encima de las olas; sobre cada punta, los dos macouas, karawas ó parawas, habian amarrado su piragua, y se sumergían de concierto para aumentar los beneficios del día.

Eran cerca de las once, el calor empezaba á sofocar, y nos fuimos, despues que el superintendente hubo dado la señal á los pescadores para que interrumpiesen su trabajo, á las pequeñas bahías de la playa, donde teníamos preparado el almuerzo, cuando de repente resonó, detras de nosotros un grito terrible y desesperado, y vimos al volvernos un macoua que se habia alejado de su embarcacion para sumergirse hácia una pequeña roca alejada de nosotros unos cien metros, límite de la pesca, con el rostro desfigurado por el más violento terror, y que hacía esfuerzos sobrehumanos para llegar hasta nosotros, y sin embargo, nada en apariencia parecia legitimar semejante temor; el Océano estaba tan tranquilo como un lago.

—Ya me asombraba yo de que esto no hubiera sucedido,—me dijo Mr. Barnett,—pues todos los años, durante los cuatro ó cinco primeros días de la pesca, al cabo de una hora ó dos, hay siempre algunos que se dejan coger.

—Pero ¿qué es lo que pasa?—exclamé oyendo al desgraciado indio, que se sofocaba á causa del esfuerzo que tenia que hacer para conservar su celeridad.

Antes que mi interlocutor hubiera tenido tiem-

po de responderme, vi á Amoudou lanzarse hácia la popa de la embarcacion, con su ancho cuchillo malabar entre los dientes, y tirarse al agua en direccion del macoua.

—Es un tiburón,—me dijo el superintendente.

—¡Un tiburón!—exclamé, temblando por la vida de mi valiente nubio.

—Sí,—replicó Mr. Barnett;—y lo que me extraña es que no haya sucedido ántes, pues como estos parajes están atestados de tiburones, y en la época de la pesca venimos á turbarlos, nos lo hacen pagar caro...

Apénas habia acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando vi á Amoudou volver á la superficie para respirar, y volverse á sumergir de nuevo; pero el macoua estaba ya fuera de alcance, y la lucha iba á empeñarse entre mi nubio y el tiburón.

—¡Qué famoso negro!—añadió Mr. Barnett.

Yo estaba paralizado de espanto, temiendo á cada instante ver subir á la superficie á mi negro, todo mutilado. Por todas partes las piraguas volaban en socorro de mi pobre negro; pero Amoudou tenia que vencer ó ser vencido ántes de que ellas pudiesen llegar. Nosotros éramos los que estábamos más cerca, y no teníamos arma alguna en nuestro ligero esquife.

De repente, una ancha mancha de sangre subió á flor de agua, las olas ondularon bajo el esfuerzo de la lucha, la mancha se ensanchó, y en medio de la ansiedad general, reapareció Amoudou blandiendo su cuchillo y lanzando un hurra de victoria, al que respondieron quinientas voces. La escena no habia durado ni dos minutos.